

fuere, sus apellidos amplían los horizontes humanos desde los primeros emigrantes.

Esa universalización estuvo «orientada» mejor que «dominada» por el elemento español y por mucho tiempo así será. Desde La Española se avanzará hacia la Tierra Firme y desde esa primera cota hasta alcanzar la remotísima del Pacífico, cruzándolo enseguida hasta los rosarios de islas vecinas al Asia que buscaba Colón. Nuevo Imperio el español, que así supera a cuanta conquista hicieron en su día los romanos. Intención continuada fue proteger rutas y espacios para que ningún otro poder compartiera el territorio americano. Si durante el siglo XVI se consiguió, el mejor éxito consistió en que ese objetivo fue imposible hasta cierto grado desde el XVII.

Acabo de recordar cómo muchos autores han venido a coincidir en un hilo conductor, el vuelco de la totalidad europea en el universo americano. Todos ellos y particularmente Germán Arciniegas han insistido en el momento final de ese proceso. Si antes he discrepado del ilustre colombiano quiero ahora recordar una cita que él hace. En sus *Cartas a un campesino americano*, Héctor Saint-John Crèvecoeur escribía en 1782: «¿De dónde llega toda esa gente? Hay una mezcla de ingleses, escoceses, franceses, holandeses, alemanes y suecos. De esta promisoría ciudad, en los cruces sale la raza que hoy llamamos de los americanos».

Esto en 1782; bien, pues fijémonos, no ya en el final del proceso, sino en su principio. Desde el instante inicial gentes diversas habían comenzado a interesarse por lo que ocurría más allá de la Mar Océana, y lo hacían desde la propia historia y los sueños acumulados.

Quisiera recordar los ecos de unas crónicas alemanas que traduje y publiqué en 1989. A perspectivas históricas de imágenes transterradas responde la breve narración alemana titulada *Nueva noticia del país denominado Yucatán* que lleva fecha del 18 de marzo de 1522, y que da una *Neue Zeitung*, una nueva noticia, de la llegada de los españoles al ámbito yucateca en el año anterior. Esta obra ha circulado muy poco en España, y merecería haber acompañado a la excelente edición que de la obra de Diego de Landa preparó entre nosotros Miguel Rivera. Se trata de un texto que mezcla las noticias de las culturas yucateca y mexicana sin distinguir entre ellas. Aporta datos a veces erróneos —por ejemplo, maneja unas distancias inexistentes— pero que muy claramente proceden, aunque seleccionados indiscriminadamente, de los contenidos en la cuarta de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería y de los generados por informaciones debidas a las expediciones de Hernández de Córdoba en 1517, de Grijalva en 1518 y de Cortés en 1519. Esta pequeña obra contiene dos grabados en madera. En el primero aparecen unas brujas o hechiceras de las que se

habla luego en el texto, unos sacerdotes sacrificando a unos niños, a quienes cortan manos y pies y arrojan por una escalinata; se ve también una casa europea, con la que se pretende representar a una de las que se encontraron en Yucatán; asimismo se ven dos españoles en una carabela, y otros más. En el segundo, grabado se representa a la gran «Venecia americana», Tenochtitlan, con cinco puertas y con puentes. La ciudad aparece como si fuese una de las más típicas de la baja Edad Media europea, y el paralelo entre Tenochtitlan y Venecia es claramente perceptible.

Las ideas que circulaban por la cabeza del autor y del ilustrador dan una imagen europeizada de los datos e inciden en enfatizar los grandes tópicos del momento, como ocurre con la diabolización de las religiones autóctonas: la morbosa minuciosidad, dado lo escueto del texto en su conjunto, para describir los sacrificios humanos de los mexicas, que se presentan como cebados exclusivamente en niños para lograr el efecto de incrementar el rechazo del lector; o la relativa ponderación de la abundancia de oro y de otras riquezas.

El afán de una interpretación de lo indígena americano en función de categorías europeas que es patente en todo el relato, anticipa ya una historia posterior de valoración positiva de lo americano, donde sólo se acentúa el rechazo de un eventual ateísmo; de los conceptos y prácticas religiosas, brujerías y sacrificios humanos, para elogiar en cambio reiteradamente el sistema jurídico y la avanzada organización mercantil de estos pueblos, dotada de medios y desarrollos cuasi modernos. El urbanismo, la ingeniería, la arquitectura y las técnicas de manufactura, especialmente las artesanas, son también elogiadas. La doble referencia al régimen jurídico, así como el elogio a la madurez y a la eficacia de la organización jurídico-política, centrada en la aceptación de la voluntad regia que se describe, permiten sugerir la posibilidad de ser el autor de esta refundición de breves noticias un letrado culto y latinizado, vinculado –supongo yo– a algún círculo palatino austriaco o alemán de su tiempo. En efecto, da por presente entre los yucatecos una organización municipal similar a la que él, el ignorado autor, podría conocer como propia de su mundo centroeuropeo y eso se hace sin aplicar siquiera una palabra que matice la diferencia entre lo que es igual o lo que es más o menos remotamente parecido, y no vacila a la hora de resumir en una sola frase la impresión que le causa el conjunto mexica al decir que «es casi como el Imperio». Corrobora esta impresión el reiterado elogio de la eficacia militar que aparece igualmente en el texto.

Por otro lado tampoco esta obra es una relación que presente prejuicios antiespañoles, lo que me refuerza en la hipótesis de haber nacido el autor en un contexto de cultura católica y latina. Su tendencia hacia la hipérbole

y la exageración no es argumento suficiente para pensar que más que un autor alemán o austriaco sería meridional o italiano. Se tratan en mi opinión de figuras retóricas propias de toda la cultura europea de su tiempo, desconcertada ante el hecho americano y su revelación.

A todo ello sólo queda por añadir que nuestro texto es paralelo en el ámbito mexica-yucateca de lo que para el caso peruano supone otra, *Nuevas noticias precedentes de España e Italia*, de 1534, que también de forma esquemática resume fuentes hispanas sobre el descubrimiento y conquista de Perú, añadiendo datos e imágenes de su propia fantasía. Por mi parte entiendo que no sólo se trata (eso es evidente) de dos huellas similares de los ecos europeos extrahispanos en la cuestión de progresivo conocimiento de América, sino que me atrevo a apuntar la hipótesis de que ambas relaciones fuesen fruto de una misma mano y que, insisto, no acabo de ver como la de un meridional. No es precisamente el ambiente italiano de ese siglo una atmósfera tan aséptica como la que respira este folleto sobre la actuación española en América. Así, Giordano Bruno, en el primero de los cinco diálogos que forman *La cena de las cenizas*, en 1584, se permitió trazar una de las más interesadas descalificaciones de la acción española en América. Creyó lícito resumirla con una atroz zancada. Según él los conquistadores habían:

«encontrado la manera de perturbar la paz ajena, de violar los genios patrios de las regiones, de confundir lo que la providente naturaleza había separado, de duplicar mediante el comercio los defectos y añadir a los de una los vicios de otra nación, de propagar con violencia nuevas locuras y enraizar insanias inauditas allí donde no las había, concluyendo al final que es más sabido quien es más fuerte, concluyendo en mostrar nuevos afanes, instrumentos y arte de tiranizar y asesinar los unos a los otros».

Como bien ha señalado Miguel Ángel Granada, el filósofo de Nola pretendía con esas frases alegar un argumento en favor de su tesis acerca de la generalizada corrupción a la que se había llegado en el mundo de su tiempo, corrupción que debía ser desterrada por la liberación que, camino de un mundo mejor, preconizaba y anunciaba la filosofía nolana.

Se trata, pues, de la manipulación de un hecho histórico de notada complejidad para convertirlo en arma arrojada de polémica antropológica. Pero en la selección del ejemplo y en su presentación pesaron no poco los intereses políticos y el sedimento de éstos que sostenían al conflictivo sujeto. A ello habría que añadir la vinculación de Bruno con círculos políticos que ninguna simpatía profesaban a España, la extensión de esos círculos en Italia, y las adulaciones constantes entre unos y otros de sus protagonistas.

Según la opinión de Yates, Bruno habría realizado gestiones en Inglaterra para construir una alianza francoinglesa contra España, y por otra parte son conocidas sus adulaciones a Isabel de Inglaterra, a Leicester, a Walsingham, etc.

No por señalar esos condicionamientos en la opinión de Bruno pretendo yo sugerir que todo deba dejarse en la entusiasta opinión del cronista toledano Cervantes de Salazar cuando escribe:

«cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han sido trasladados desde una extremada miseria a la felicidad actual, y desde una nítida esclavitud a la verdadera libertad».

No pretendo dejarlo, insisto, en estos términos, pero sí es de notar la complejidad infinita del hecho hispano en la vida americana, que jamás podrá recibir, como ha propuesto John Elliot, una valoración acorde por parte de todos los historiadores. Eso es imposible, salvo si aceptamos una serie profundísima de arbitrarias mutilaciones. Una cosa tan compleja no puede recibir nunca una opinión unánime.

Si nosotros comparamos a Bruno y a Cervantes de Salazar se nos muestran algunas lecciones metodológicas. Se señala por ejemplo lo peligroso e injusto de introducir en estas valoraciones tan contrapuestas el dato facilón del ataque nacionalista. Especialmente arriesgado resulta el modo en que lo hace Giordano Bruno, acusando a carga cerrada a los españoles de todos los males en América, cuando ejemplos como el del italiano Michele Cuneo le hubieran debido aconsejar más equilibrio. Este compañero de Colón, que tantos elogios ha recibido de algunos historiadores, ha dejado una página autobiográfica que revela una crueldad y una perversión muy poco disculpables, ni siquiera con el hipócrita latiguillo tantas veces repetido con la rudeza de los tiempos. Escuchémosle cuando se retrata a sí mismo:

«tomamos una canoa con todos sus hombres y un cambalo fue herido de una lanza, por lo que pensamos que estaba muerto, y dejándolo en el mar por muerto lo vimos nadar de repente. Por eso con un garfio lo izamos a bordo de la nave, donde le cortamos la cabeza con un hacha. A los demás cambalos juntamente con los dichos esclavos los mandamos después a España. Estando yo en la barca tomé una cambala bellísima, la cual me regaló el señor almirante (Colón, su amigo), y teniéndola en mi camarote, al estar desnuda según su usanza, me vino el deseo de solazarme con ella, y al querer poner en obra mi deseo, ella resistiéndose me arañó de tal modo con sus uñas que yo me arrepentí entonces de haber comenzado, pero refle-